

AURORA

Compañía Anónima de Seguros contra Incendios

BILBAO

Capital social, completamente desembolsado, 3.000.000 de pesetas.—Subdirector en Badajoz, don Juan Díaz Ambrona, calle Trinidad, núm. 18.—Representantes en todos los pueblos de la provincia.

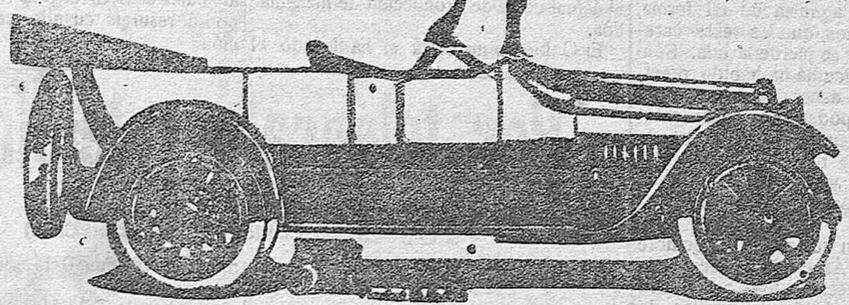
NUEVOS MANANTIALES
—EN—
Loeches
OFICINAS:
Masters, 24, bajo. MADRID

PEÑAGALLO

:Agua Mineral:
Natural, Depu-
rativa,
Antiarttrítica,
y Antihéptica.

Pida V. la botella de una dosis del más suave PURGANTE, en farmacias y droguerías.

GENARO DONCEL BADAJOZ



AUTOMOVILES ABADAL-BUICK
SON LOS DE MEJOR RESULTADO Y MENOS CONSUMO

CON EL 202 se cura la blenorragia o purgación, por larga y crónica que sea. No produce dolor, no mancha, no irrita, ni produce estrecheces uretrales.

Precio, 2'50 pesetas

De venta, en la farmacia de **VILLANUEVA CASTELLANO**

ASEPTÓGENO para irrigaciones. Higiene íntima de la mujer.

La farmacia Villanueva Castellano es la mejor surtida y sus precios no admiten competencia.

SAL, 7.-BADAJOZ.

Importantísimo a los ganaderos
El Rey de los piensos

Regenerador Rosttam

ALIMENTO CONCENTRADO PARA TODA CLASE DE ANIMALES

Engorda, robustece, fortalece, evitando la anemia y mejora las razas. Gran economía en el pienso diario y efectos visibles a los diez o doce días.
En la Ferretería del **CANDADO**, de José Mufiz.
Plaza de la Soledad, número 10

Son sin disputa las mejores máquinas para coser y bordar con los últimos adelantos. Las más perfeccionadas.
Máquinas de hacer medias.
Grandes existencias de todos los modelos y de todas cuantas piezas y accesorios se precisen, para todos los sistemas de máquinas.
ENSEÑANZA GRATIS DE BORDADO
Venta a plazos, 2'50 pesetas semanales, y al contado grandes descuentos.
Depositorio: **FELIX PASTOR SUAREZ**
SAN AGUSTIN, NUM. 5.—BADAJOZ

Diego Serrano Becerra
PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES
CALLE DE ARCO ABUERO, NUM. 13.—BADAJOZ

CONTRALATOS

PASTILLAS PECTORALES DE
G.F. MERINO E HIJO
En farmacias y droguerías. 0'50 Paquete.

FONDA LISBOA
CARRERA DE SAN JERONIMO, NUM. 29, DUPLICADO, PRINCIPAL
MADRID
ESPACIOSAS HABITACIONES A TODO CONFORT MODERNO
COCINA ACREDITADA
CUARTO DE BAÑO
ASCENSOR ELÉCTRICO
Hospedaje completo desde 5 pesetas

REUMA, CATARROS, NEURASTENIA

TERMAS PALLARÉS (B.A.)

ALBAMA DE ARAGÓN
El agua de las Termas Pallarés, que es un agua mineral, es muy rica en sales minerales y en sílice, y es muy beneficiosa para el tratamiento de las enfermedades reumáticas, catarrales y neurasténicas.

SE VENDE

Papel de envolver en la Administración de este periódico á 2'50 pesetas los once kilos y medio.

che: bandidos, mendigos, mujeres perdidas, la escoria del reino, señor.
—Es decir, que no sabemos nada.
—Nada, señor.
—Mira: prende donde quiera que le halles al agonizante Sancho, ¿lo entiendes? Rodrigo Pérez le vió en la torre del Oro entre esas turbas, cuando entraron a salvar al señor Juas Fernández de Hiestrosa.
—Muy bien, señor.
—Y cuenta con un título de nobleza, con la mejor de mis villas, con una infanzonía, si logras averiguar el paradero de doña Beatriz.
—¡Ah, señor! sólo quiero que vuestra señoría no dude de mi lealtad.
—No, no: mi buen Albarracín, sé que eres un perro leal a su dueño, cuya felicidad no pueden corromper ni amenazas, ni dádivas. Sé que sólo la fuerza ha podido robarte a doña Beatriz... pero eres astuto, mi buen Garcí-Díaz; conoces mucha gente en Sevilla... haz por conocer al capitán de los bandidos que se llaman peregrinos de Nuestra Señora de Rocamadour, y engañale... tráemele; es preciso prenderle.
—Lo procuraré, señor.
—Vete y trabaja: asuntos más embrollados has logrado desenredar; aclara este, y te hago hombre. Vé, hijo mío, vé.
El ballestero salió, y apenas cayó el tapiz de la puerta de la cámara, cuando el rey se encaminó a ella, la cerró por dentro; fué a la otra puertecilla, la abrió, y asomándose a unas escaleras de espiral gritó:
—¡Juan Dientel! ¡Juan Dientel!

—¡Señor! contestó otra voz desde abajo.
—Sube.
Oyéronse pasos precipitados por la espiral, y poco después entró en la cámara Juan Diente.
—¡Oh! ¡gracias a Dios que os veo, señor! exclamó con una ruda franqueza: he sufrido horriblemente... desde el momento que sonaron los primeros gritos sediciosos de anoche, estoy temblando, señor...
—¡Temblando tú! ¡tú, el hombre más valiente que conozco!
—Cuando se trata de mí, no hay nada que pueda aterrarme; pero cuando se trata de vuestra señoría... ¡oh, señor, estos se van mostrando cada día más avieso, más revuelto!... yo no sé dónde estoy... no me fio de nadie... y tengo que pedir una gracia.
—¿Qué gracia, Juan?
—No separarme nunca, nunca, de vuestra señoría: velar junto a su lecho cuando duerma, estar oculto tras los tapices de vuestra cámara cuando vele; seguirle por todas partes: ser su sombra; vuestra señoría no conoce como yo el rostro de los traidores... yo los huelo como un sabueso huele a una piza mayor... señor, señor, estáis viendo siempre un puñal sobre vuestro pecho; un tóxico en vuestra copa, un dogal en los brazos de cada mujer que os dice amores... y me extremezco, señor, porque vos sois mi amor... porque para vos vivo... porque he nacido para servirlos...
—Y para comprenderme. Tú, rudo montañés, tú, bravío salvaje; eres el único que

has sabido leer en el fondo del alma del rey don Pedro... tú eres el único que has tenido valor para decirme la verdad, porque posees la valentía del amor... porque yo soy para tí un Dios...
—Y creedme, señor, creedme: haced que mi maza esté siempre humeando sangre fresca, y sesé el rey más grande del mundo: un año de matanza y venceréis; después tendréis tiempo de mostrar al mundo entero que no habéis matado por ferocidad, sino por deber... porque vos, señor, no debéis permitir que vuestros pueblos estén destrozados, esclavizados, rotas sus libertades, sin leyes, sin señor, porque no hay señor donde hay muchos señores. Matad, matad, matad mucho, y reinad una vez.
—La sangre me espanta ya, Juan.
—A mí me espanta siempre: desde el primer día: desde el día en que rompí la cabeza con mi maza a Garcilaso... hasta entonces, señor, sólo había acogotado reses... la sangre de Garcilaso me sigue por todas partes...
—Aquello fué cosa de don Juan Alfonso de Alburquerque, Juan; tomaron mi nombre, me engañaron, y Garcilaso era un buen caballero.
—Que trascendía a traidor a diez tiros de ballesta... sino lo era entonces, lo hubiera sido después... no me pesa... no... le volvería a matar cien veces... su sangre me espanta, como me espanta la de todos los que me han arrojado vuestra justicia... no he nacido para matar; pero de esto a retroceder... no, no: es preciso que sea, ellos lo

quieren... rechazan la ley... usurpan al rey su derecho, que caigan pues.
—Tengo que arrojarte todavía dos cabezas ilustres, Juan.
Centellearon los ojos del ballestero.
—¿Y cuándo, señor? dijo.
—Muy pronto; mientras hago los preparativos de la guerra de Aragón: a ella me llevaré a un vasallo que vale tanto como tú, Juan.
—El señor Men Rodríguez de Sanabria, exclamó con entusiasmo el ballestero.
—Le has comprendido como yo...
—Ese mancebo es todo un caballero, valiente y leal.
—¿Cómo se ha conducido anoche en el alcázar?
—Como pudiera haberlo hecho el mejor par de los doce... ¡oh, señor! tengo envidia de ese caballero...
—¿Y por qué, Juan?
—Porque yo querría ser el mejor de vuestros vasallos, y se me iguala y me sobrepaja, porque es más noble que yo.
—Tú tienes la nobleza que yo he menester: eres mi brazo, Juan, y algunas veces mi cabeza... jamás te he recompensado; ocupas una posición oscura... no pasas de ser, como todos mis ballesteros, un simple hidalgo. Pero para mí eres mi conciencia... mi confianza... tú sabes lo que nadie ha sabido más que Dios y yo; porque eres mi justicia. Ahora bien, Juan; Men Rodríguez de Sanabria es una espada noble, brillante: un corazón agradecido y leal; pero no puede servirme para todo... me lo llevo conmigo... como no sé lo que

haré mañana... lo que podré hacer... como de un momento a otro puedo verme obligado a salir de la corte, a ocultarme para ponerme a acecho, a abandonar mi alcázar y mis amores; mis amores que son la reina doña María, Juan; los infantes mis hijos... pues bien; yo te dejo esas prendas de mi alma para que las defiendas, Juan.
—¡Ah, señor! yo soy el más honrado, el mejor premiado de vuestros vasallos, cuando me hacéis tal depósito...
—Pero tú no puedes hacer nada por tí mismo... para las gentes no pasas de ser un ballestero a quien manda su capitán... yo quiero que puedas hacerlo todo... todo...
El rey fué a su mesa, sacó de uno de sus cajones un número considerable de pergaminos, los selló, los firmó y los entregó en blanco a Juan Diente.
—¿Y para qué es esto, señor, dijo el ballestero?
—Escucha durante mi ausencia, vigila, observa, no duermas: toma (y el rey abrió otro cajón y entró al ballestero una cajita que le mostró, llena de gruesos diamantes); estas piedras valen muchos miles de florines: paga con ellos la fidelidad de los servidores de los nobles que queden en la corte; ten gente asalariada en todas partes, sábelo todo... y escucha: cuando estés seguro de que una persona cualquiera me hace traición, escribe su sentencia a mi nombre en unos de estos pergaminos y mátaal: que no te detengan ni su linaje, ni su grandeza: te dejo mi justicia y quiero que seas inexorable como ella.